

La historia revisitada

Keith Thomas

Keith Thomas es historiador británico, fellow del All Souls College, Oxford. Entre sus obras se cuentan *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth Century England* (1997), *History and Literature* (1988), *Man and the Natural World: A History of the Modern Sensibility* (1983), *Man and the Natural World: Changing Attitudes in England, 1500-1800* (1983) y *The Perception of the Past in Early Modern England* (1983). El presente artículo fue publicado originalmente en *TLS*, 11 de octubre de 2006.

En 1966, el *Times Literary Supplement* dedicó tres de sus números a las «*New Ways in History*».¹ Aquellas entregas fueron coordinadas por el dinámico medievalista Geoffrey Barraclough, que había dejado la Edad Media y se había pasado a la historia contemporánea creyendo que los recientes acontecimientos mundiales habían convertido en irrelevante la tradición académica, remota y austera, que él había conocido. La mayoría de quienes participaron en aquellas entregas fueron elegidos con la esperanza de que adoptaran un tono agresivo y de que miraran hacia adelante; y no decepcionaron. M. I. Finley, que es uno de los pocos historiadores clásicos de entonces a quien los historiadores modernos deberían reconocer como merecedores de tal nombre, deploraba el aislamiento intelectual de sus colegas, su ignorancia de la sociología y el hecho de no plantearse «problemas humanos centrales».² E. P. Thompson, cuyo libro sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra* había aparecido en 1963, atacó «el ámbito constitucional y parlamentario-político establecido» en nombre de la historia desde abajo.³ El autor (anónimo) del artículo principal (el propio Barraclough) afirmaba que los historiadores debían unirse a las ciencias sociales para abordar las preguntas para las que «la gente común quería respuestas». Sir Isaiah Berlin, agregaba Barraclough sin miramientos, estaba equivocado cuando despachaba la historia «científica» como una «quimera»; una generación más joven de historiadores lo había sobrepasado.

El artículo de apertura era aún más polémico. Afirmaba que la primera mitad del siglo xx había sido «una época en la que la mayoría de los historiadores habían perdido el rumbo» y aseguraba que «la historia académica, pese a todo su rigor, había tenido un éxito muy limitado a la hora de explicar el funcionamiento de la sociedad y las fluctuaciones de los asuntos humanos». El remedio, sugería, no estaba en «desprenderse de la vieja tradición empírica», sino en forjar una relación más cercana a las ciencias sociales, especialmente con la antropología social, la sociología y la psicología social, desarrollando un vocabulario conceptual más sofisticado y empleando técnicas estadísticas. El futuro estaba de parte de las computadoras, que reemplazarían a ese par de «botas resistentes» que se calzaban los historiadores más avezados de la generación anterior.⁴ En los Estados Unidos la nueva historia econométrica estaba ya «barriéndolo todo».

Cuarenta años después, el autor de estas temerarias palabras todavía soporta las cicatrices infligidas por el furor resultante.⁵ No sólo me costó convencer a Isaiah Berlin de que no era el autor anónimo del artículo principal, sino que a ello se añadió una desafortunada coincidencia. Resulta que había invitado a G. R. Elton, abanderado excepcional de la tradición empírica, a una cena en la Universidad de Oxford, y eso ocurría justo la semana siguiente a que apareciera mi artículo.⁶ Era una tarde desapacible. Mi huésped había regresado a Cambridge para escribir *The Practice of History* (1967),⁷ que era un firme rechazo contra todas las nuevas formas de historia en general y contra mis opiniones en particular. Fue un pobre consuelo advertir que, en el índice onomástico que concluía el trabajo, el nombre de Thomas se situaba de forma incongruente al lado de Tácito y Tucídides.

1. *Times Literary Supplement*, 7 de abril, 28 de julio y 8 de septiembre de 1966.

2. «Unfreezing the classics», *Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966, págs. 289-290.

3. Éste es, sin duda, el más conocido entre nosotros: «History From Below», *ibid.*, págs. 279-280. En castellano: «La historia desde abajo», en *Obra esencial*, Barcelona, Crítica, 2002, págs. 551-560, en concreto la pág. 560.

4. El término usado es *stout boots* (botas resistentes) y se usa de forma proverbial en la tradición anglosajona. Alude a una frase atribuida a R. H. Tawney, quien habría dicho que los historiadores no sólo necesitan libros o documentos, sino un buen par de botas resistentes, es decir, pisar el terreno.

5. «The tools and the job» era el título del artículo firmado por Thomas y aparecido en la primera de las entregas, págs. 275-276.

6. «New Ways in History» (carta), *Times Literary Supplement*, 21 de abril de 1966, pág. 347.

7. *The Practice of History* (Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1967) fue, en realidad, una amplia respuesta a la posición mantenida por E. H. Carr en 1961 en *¿Qué es la historia?* (Barcelona, Ariel, 2003).

¿Cómo se ven ahora las confiadas predicciones y prescripciones de 1966? Algunas estaban claramente desencaminadas. La historia econométrica no lo ha barrido todo; antes al contrario, sus intimidantes fórmulas y su repelente estilo han sido en parte responsables de la deplorable falta de interés que muchos historiadores de hoy muestran por la historia económica de cualquier clase. La historia social no se ha convertido en un tema central alrededor del cual se organicen otras ramas de la historia, sino que a su vez ha sido superada por un género más nuevo, el de la historia cultural. El conocimiento y la investigación funcionan de modo más cooperativo y organizado que entonces. Sin embargo, la tradición individualista, de *prima donna*, contra la que clamaban los polemistas de 1966, está más viva que nunca, en época de estrellas como Simon Schama y Niall Ferguson.⁸

8. En efecto, Schama es muy conocido por su participación en la serie de la BBC *A History of Britain* y en un programa más reciente: *Simon Schama's Power of Art*. Algo similar se puede decir de Ferguson, cuya última serie es una en seis capítulos para Channel 4 que se titula *The War of the World: A new history of the 20th century*. En ambos casos, las series han tenido gran éxito y difusión bajo diversos formatos.

Por otra parte, el ordenador ha superado todas las expectativas. ¿Quién en 1966 habría conjeturado que los historiadores actuales pedirían libros a la biblioteca en línea, llevarían sus portátiles a los archivos, usarían bases de datos para hacer búsquedas y desarrollarían una gran dependencia de ayudas electrónicas tales como Early English Books Online (EEBO) y Eighteenth Century-Collections Online (ECCO)?

9. *The Reading Nation in the Romantic Period*. Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

La historia cuantitativa cuenta con algunos logros espectaculares en su haber, como los estudios antropométricos sobre los cambios temporales en altura y peso humanos, o la reconstrucción de la historia de la población británica en la era anterior a los censos por parte del Cambridge Group for the History of Population and Social Structure. El trabajo de William St Clair *The Reading Nation in the Romantic Period*⁹ demuestra que ese tipo de cuantificación puede iluminar la historia de la cultura tanto como la de la economía. Sin embargo, es obvio que con tal perspectiva sólo se pueden entender algunos aspectos del pasado y que la precisión ofrecida por cuadros y tablas resulta a menudo ficticia. El empuje de la escritura histórica más moderna proviene de lo cualitativo antes que de lo cuantitativo. El sueño de historiadores con batas blancas que ofrecerían certeza científica al estudiar el pasado parece como mínimo otra ilusión de los años sesenta, esa década optimista, cuando Harold Wilson invocaba el *white heat* de la tecnología.¹⁰

10. El término procede de uno de los discursos más conocidos de Wilson, con motivo de la conferencia anual del partido Laborista en 1963: «En la Gran Bretaña que forjaremos con el *white heat* (al rojo vivo) de esta revolución, no habrá lugar para las prácticas restrictivas ni para los métodos anticuados en ningún sector industrial».

11. Seguramente se refiere a «Sociology and Social History: Partnership, Rivalry, or Mutual Incomprehension?» en A. H. Halsey y W. G. Runciman (eds.), *British Sociology Seen from Without and Within*, Oxford, Oxford University Press, 2005, págs. 57-69.

12. *Classes and Cultures: England 1918-1951*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

Con todo, aunque la historia no se ha convertido en una ciencia social, se ha acercado más a las disciplinas adyacentes de lo que lo estaba. Roderick Floud y Pat Thane lamentaban recientemente que «hay pocas muestras de esa colaboración entre la historia y la sociología que se apuntaba hace cuarenta años». ¹¹ De todos modos, aunque los sociólogos sigan siendo resueltamente ahistóricos, muchos historiadores son firmemente sociológicos. Por ejemplo, en su libro *Classes and Cultures: England 1918-1951*,¹² Ross McKibbin utiliza el trabajo de prácticamente todos los sociólogos británicos prominentes, de Ralf Dahrendorf y J. H. Goldthorpe a A. H. Halsey y W. G. Runciman.

La antropología social y cultural es aceptada ahora como parte de los referentes habituales para investigar la historia de temas tales como la religión, el parentesco, el ritual o el intercambio de regalos. Hay un mayor sentido de la alteridad del pasado; y muchos historiadores conciben sus objetos como una especie de etnografía retrospectiva. ¿Quién habría imaginado, en 1966, que la historia de la brujería se incluiría como tema en los planes de estudio? La influencia de la antropología social es igualmente evidente en la difundida preocupación por «el punto de vista del nativo». En vez de intentar clasificar y ordenar la experiencia humana desde fuera, como si los agentes históricos fueran mariposas y los historia-

dores entomólogos, buena parte del esfuerzo imaginativo se ha centrado en recrear la forma en que la gente del pasado percibía las cosas. Este cambio de lo *etic* a lo *emic*, como lo llamarían los lingüistas, implica una profunda preocupación por el significado que los acontecimientos tenían para quienes participaron en ellos, y un nuevo respeto por lo que la gente pensaba y sentía en el pasado. En los años cincuenta era común desacreditar las ideas como meras racionalizaciones del propio interés. Hoy, incluso los historiadores de olfato más atrofiado intentan recobrar el vocabulario, las categorías y la experiencia subjetiva de los agentes históricos, antes que ver de forma anacrónica su comportamiento bajo el prisma de los espectáculos modernos.

Este acercamiento ha sido reforzado por el declive del marxismo, dada la tendencia de esta corriente a despachar el pensamiento consciente como mera «superestructura», y por el renovado interés en la filosofía de R. G. Collingwood, que consideraba la historia como la reactualización de la experiencia pasada. Eso se pone de manifiesto tanto en los valiosos intentos de los historiadores sociales por reconstruir los valores de los semi-alfabetizados como en el estudio histórico del pensamiento político llevado a cabo por Quentin Skinner y J. G. A. Pocock o en la alta historia intelectual académica practicada por polímatas tales como Anthony Grafton, Ian Maclean y Noel Malcolm.

Durante los últimos cuarenta años, los historiadores han aprendido de muchas otras disciplinas. Los geógrafos les ha enseñado a estudiar el entorno físico y a trazar mapas del asentamiento humano. Los arqueólogos han estimulado a estudiosos de todos los períodos a ir más allá de las fuentes escritas, a escudriñar todos los restos físicos del pasado, ya fueran artefactos, edificios o paisajes. Los historiadores del arte, por su parte, se han desplazado desde las grandes obras al estudio de la cultura visual. Con ello han fomentado una sensibilidad mucho mayor hacia la dimensión visual de la historia que la existente hace cuarenta años, cuando era altamente inusual que un libro serio de historia llevara cualquier tipo de ilustración, y no digamos ya las ilustraciones a color que son habituales hoy en día. Los estudiosos de la literatura han acostumbrado a los historiadores a que las obras teatrales, las poesías o las novelas, leídas de forma significativa, pueden ofrecer un rendimiento semejante al que se deriva de una recopilación legislativa o de los registros hacendísticos.¹³

La proclama hecha en 1966 en favor de un mayor uso de la teoría también ha tenido una amplia respuesta. Gran parte de la historiografía de la última parte del siglo xx se puede explicar en términos del impacto retardado de Malthus, Marx, Durkheim, Weber, Keynes, Freud, Collingwood, Evans-Pritchard, J. L. Austin, Lévi-Strauss, Bajtin, Elias, Geertz, Kuhn, Foucault, Habermas, Bourdieu, Benedict Anderson y otros. Es algo que no sorprende, porque lo que se desarrolla en una generación en los ámbitos de la economía, la psicología, la sociología, la filosofía o la antropología queda reflejado generalmente en la escritura histórica de la siguiente, incluso aunque sus autores nunca hayan leído una palabra de los teóricos referidos. El gran cambio producido durante los últimos cuarenta años es que los historiadores han tomado mayor conciencia de sus préstamos. Actualmente, es difícil abrir un trabajo de historia académica sin encontrar una referencia al «discurso» o a la «descripción densa» o a los «paradigmas» o al «bricolaje» o a «la esfera pública» o a los «condicionantes históricos»¹⁴ o «al proceso de civilización» o a las «comunidades imaginadas», términos todos ellos que no habrían significado mucho en 1966. Hoy en día, cuando un

13. Thomas alude concretamente a los *state papers* y a los *pipe rolls*.

14. Thomas usa el término *path dependency*, no muy frecuente entre nosotros. Entre economistas y politólogos se suele preferir una definición más literal: dependencia de la senda o del proceso, dependencia del camino recorrido, etc.

joven historiador repasa los trabajos de sus mayores la crítica más frecuente es que tienen escaso vuelo teórico, un cargo que entonces sólo habría provocado perplejidad.

Nadie previó en 1966 el impacto de las diversas teorías lingüísticas y literarias conocidas como «posestructuralismo» y «posmodernismo». Sus seguidores causaron cierta perturbación en los años ochenta, cuando parecía que esos modernos escépticos negaban la posibilidad de alcanzar cualquier certeza sobre el conocimiento del pasado. Pero esa doctrina nihilista ha quedado tácitamente rechazada. La mayoría de quienes practican la historia optan hoy por hacer uso del buen juicio. Son críticos con las fuentes y es evidente que no las conciben como un espejo de la realidad. Saben que las categorías que utilizan, así como los períodos en que se dividen la historia, son instrumentos expositivos, características no intrínsecas del pasado. Son conscientes de que muchos de los llamados «hechos» pueden ser contestados, y que los acontecimientos parecen diferentes según los distintos observadores. Pero también saben que las cosas sucedieron realmente en el pasado y que a menudo los historiadores pueden descubrir cuáles eran. El resultado se puede ver en ese tipo de consciente timidez metodológica exhibida por C. J. Wickham en su premiado *Framing the Middle Ages*.¹⁵ Cada uno de los términos empleados se define cuidadosamente; la primera persona del singular se utiliza con frecuencia, como forma de negar cualquier pretensión de asumir la autoridad de un oráculo; y el propio título indica que el libro registra un continuo proceso de «construcción».

En cuanto a la diferencia entre hechos y ficción, los historiadores británicos no se han visto tan afectados por las incertidumbres epistemológicas como algunos de sus colegas norteamericanos. En cualquier caso, el llamado «giro lingüístico» los ha hecho más sensibles a las convenciones retóricas y a los presupuestos ideológicos, lo cual ha acabado concretándose en los libros que escriben y los documentos que estudian. El auge de los estudios historiográficos los ha alertado sobre la manera en la que los distintos grupos construyen sus versiones del pasado en aras de sus propios objetivos partidarios. En este sentido, *La invención de la tradición*, editado por Eric Hobsbawm y Terence Ranger,¹⁶ y *Les Lieux de mémoire*,¹⁷ dirigido por Pierre Nora, son los dos grandes referentes.

Son muchos los historiadores que creen ahora, quizás de forma algo perversa, que lo que sucedió en el pasado es menos importante que lo que la gente pensaba que ocurrió. Esta convicción ayuda a explicar el declive de la historia económica «dura». Es también la razón de que la historia social, considerada en otros tiempos como el estudio detallado de agregados supuestamente objetivos como la familia, el hogar, la comunidad y la clase, se haya convertido desde los años ochenta en historia cultural, abordando los supuestos mentales y las prácticas lingüísticas de la gente estudiada. El cambio ha sido observado con lucidez por Peter Burke, el primer profesor de historia cultural que hubo en Cambridge, y queda admirablemente ejemplificado en el meticuloso estudio de Stuart Clark titulado *Thinking with Demons*,¹⁸ que aborda un sistema de pensamiento totalmente periclitado.

Todo lo anterior contribuye a explicar el rechazo que muestra la mayoría de los historiadores actuales a embarcarse en narraciones a gran escala, esas que cartografían el curso del cambio histórico durante largos períodos. A pesar de los esfuerzos de los actuales historiadores televisivos, el género ha sido desacreditado por el triunfalismo teleológico y la carga ideológica que anima generalmente a tales narraciones. Un mayor desaliento incluso es el que procede del sentimiento de la manifiesta complejidad del pasado y de

15. *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford, Oxford University Press, 2005. En efecto, el libro ha sido galardonado con los premios The Wolfson History Prize (2005), Deutscher Memorial Prize y James Henry Breasted Prize (2006), este último concedido por la American Historical Association.

16. *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983 (trad. cast.: Barcelona, Crítica, 2002).

17. *Les Lieux de mémoire*, París, Gallimard, 3 vols., 1984-1992.

18. *Thinking With Demons: The Idea of Witchcraft in Early Modern Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

19. El original: *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 2006. En castellano lleva idéntico subtítulo: *España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Madrid, Taurus, 2006.

20. *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard, 1975 (trad. cast.: Madrid, Taurus, 1988).

21. *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Basic Books, 1984 (trad. cast., México, FCE, 1987).

22. Dame Lucy Sutherland (1903-1980) fue una reputada especialista en el Setecientos británico y, entre otras cosas, ocupó la vicepresidencia de la British Academy a mediados de los años sesenta.

la imposibilidad de incorporar esa infinidad de puntos de vista a un único y selectivo relato que pueda ser legítimamente considerado. Pocos podrían alcanzar la objetividad magistral del reciente *Imperios del mundo atlántico*,¹⁹ de J. H. Elliott, una historia comparada de los imperios británico y español a lo largo de más de tres siglos. De ahí el recurso a la microhistoria, el intento de ver el mundo en un grano de arena, estudiando en profundidad comunidades pequeñas, acontecimientos singulares o incluso individuos, siguiendo el modelo del *Montaillou* de Emmanuel Le Roy Ladurie²⁰ o de *La gran matanza de gatos* de Robert Darnton.²¹

El mayor triunfo de los polemistas de 1966 ha sido la manera en que la historia ha ampliado sus objetos más allá de lo reconocible, de modo que ahora la disciplina abarca todos esos asuntos humanos por cuyo olvido se habían quejado. A principios de los años sesenta, la historia todavía equivalía a política, constitución, guerra y diplomacia, con una pobre relación con la historia económica, a menudo en departamentos separados. (Cuando examinaba en la Oxford History School en 1961, una de mis colegas, Dame Lucy Sutherland,²² puso un ejercicio sobre la historia británica moderna que era casi enteramente político. Yo le hice ver que no había nada de la revolución industrial. «No», me dijo ella, «eso cayó el año pasado»). Hoy, la historia política ha sobrevivido, pero solamente a costa de ampliar su perspectiva para incluir el estudio de la cultura política y prolongando su repertorio para incluir la política de unidades más pequeñas, como la fábrica o la familia. La historia militar y naval es excepcionalmente vigorosa, con un enorme peso de las batallas y las campañas, aunque no todas tengan relevancia intelectual. La cuestión es que cada aspecto de la experiencia humana tiene ahora sus historiadores, desde la niñez a la vejez, desde el vestido a las maneras de mesa, desde los olores a la risa, desde el deporte a las compras, desde el alambre de púas a la masturbación.

Así pues, ¿dónde buscar las *New Ways in History*? No puede haber una respuesta, porque la historia se ha convertido en un campo denso y heterogéneo, caracterizado por una asombrosa diversidad de miradas. No hay acuerdo sobre lo que sea central y lo que sea periférico, mientras que el sentimiento de participar en una empresa intelectual común es débil. La profesión histórica es enorme: cada año, alrededor de diez mil personas publican libros o artículos solamente sobre historia británica e irlandesa. El carácter stajanovista que prevalece en universidades plenamente dedicadas a la investigación ha dado lugar a un torrente de publicaciones que amenazan con abrumar a cualquier persona que se proponga estudiar el área más minúscula del pasado. Escribir historia sería una empresa mucho más difícil de lo que lo era en los años sesenta, cuando había muchas áreas inexploradas y cuando escritores dotados como Hobsbawm o Lawrence Stone podían elaborar artículos audaces y breves en *Past and Present*. Si se quiere decir algo nuevo, el trabajo es hoy mucho más difícil, dada la paralizante acumulación de conocimiento especializado.

Si la experiencia sirve para algo, cabría decir que las innovaciones futuras vendrán a partir de una de estas dos fuentes: la primera, las nuevas teorías sobre la naturaleza y el comportamiento humanos, la mayoría desarrolladas en disciplinas adyacentes; en segundo lugar, el impacto de los acontecimientos actuales. Lo primero es difícil de predecir, pero lo último se puede ver claramente a nuestro alrededor. Más o menos hasta 1950, la historia académica se escribía dentro del marco conceptual creado por la gran invención del siglo XIX, el Estado-nación. Pero a medida que el mundo ha ido cambiando, también lo han hecho las

perspectivas históricas. En el Reino Unido, el fin del imperio y el crecimiento de la inmigración asiática y caribeña han dado lugar a la perspectiva «poscolonial». Ahora se presta menos atención a los procónsules y a los generales y más a los paganos del imperio: los esclavos, los convictos, los indígenas y los blancos pobres. Los padecimientos de Irlanda del Norte y la concesión de autonomía a Escocia y al País de Gales han hecho que los historiadores británicos sean menos anglocéntricos. Los viejos cursos de historia «*English*» se etiquetan ahora como de historia «*British*», y la guerra civil inglesa se ha convertido en la guerra de los tres reinos. La identidad nacional y la «*Englishness*» son ahora cuestiones fundamentales en el debate histórico.

La formación de la Unión Europea ha estimulado algunos intentos un tanto forzados de escribir historias del continente que superen las fronteras nacionales. Pero el cambio del poder político y económico a favor de los Estados Unidos y el Extremo Oriente ha animado a historiadores de todas partes a ser menos eurocéntricos. En los Estados Unidos, la creencia de que las libertades americanas procedían de la Carta Magna y de la Cámara de los Comunes supuso que, en otro tiempo, la historia inglesa tuviera un lugar central en el plan de estudios. Hoy, la menguada importancia internacional del Reino Unido, así como la cambiante composición étnica de la población americana, han hecho que la historia británica compita en retroceso con la historia de América Latina, de China, de Japón y del Oriente Próximo. Si conserva parte de su presencia se debe solamente a su dimensión imperial. Mientras tanto, la historia de cualquier cosa que tenga que ver con el Islam se ha convertido, por razones obvias, en el último grito; y es probable que así sea por algún tiempo.

A pesar de la deriva profesional hacia una mayor especialización, las realidades modernas animan al estudio de unidades más grandes; de ahí la moda de la historia mediterránea, la historia atlántica y la historia del Pacífico. Aunque ahora incluso parecerían perspectivas parroquiales, visto que la globalización de la economía y de las comunicaciones genera inexorablemente la convicción de que la única historia verdadera ha de ser una historia mundial. Ésa es la doctrina que impulsa la nueva revista de la London School of Economics, el *Journal of Global History*; así como ese admirable ejemplo que es *The Birth of the Modern World*, de C. A. Bayly,²³ una genuina historia global del siglo XIX. Parece cierto que, para la siguiente generación de historiadores, las relaciones entre las diversas culturas del mundo serán una preocupación central.

En la medida en que los avances contemporáneos alteran nuestros horizontes geográficos acaban advirtiéndonos de aspectos previamente descuidados del pasado. Algunas de las razones por las que se han ensanchado los objetos de la historia en los últimos cuarenta años han sido accidentales, como la generosidad de la fundación *Wellcome Trust*, que ha convertido la historia de la medicina, que era un pasatiempo inofensivo para médicos jubilados, en un campo dinámico y creativo.²⁴ El mérito también hay que atribuirlo a campañas estrictamente internas, como la vigorosa defensa de Lucien Febvre en *Annales* en favor de una historia de más amplio espectro. Pero la causa decisiva ha sido el impacto de las preocupaciones del presente.

En los Estados Unidos, el movimiento de los derechos civiles de los años sesenta centró la atención sobre la historia de los afroamericanos. En Gran Bretaña, la democratización de la profesión histórica, la fundación de nuevas universidades, así como la influencia de la izquierda, ayudaron a relegar el interés por los gabinetes y las cancillerías en beneficio de la

23. *The Birth of the Modern World, 1780-1914. Global Connections and Comparisons*, Oxford, Blackwell, 2004.

24. Esta fundación, que debe su nombre al magnate farmacéutico Henry Wellcome, es la segunda del mundo en su género, por detrás de la formada por el célebre matrimonio Gates. Y, en efecto, parte de sus recursos se dedican a promover los estudios de historia de la medicina, además de financiar a tal fin un prestigioso centro situado en el University College London.

experiencia de la gente común, la preocupación principal del movimiento del *History Workshop* liderado por Raphael Samuel.

Sobre todo, ha llegado a ser imperativo que los historiadores tengan en cuenta el género en sus investigaciones, sea lo que sea, con una fuerte implicación, la de que no hacerlo se convierte en una falta tanto moral como intelectual. Cuando, en 1957, impartí un ciclo de conferencias en Oxford sobre las relaciones entre sexos en Inglaterra desde la Reforma a la Primera Guerra Mundial, la reacción general fue de diversión y desconcierto. Nadie tenía nada que decir sobre la historia de las mujeres en el *TLS* en 1966. Fue el feminismo de los años setenta el que supuso una reconsideración fundamental sobre el modo de escribir la historia. Más recientemente, las exigencias de gays y lesbianas a favor de su reconocimiento social y legal parecen hacer de las historias de la masculinidad y de la amistad femenina asuntos tan centrales en los programas de estudio como lo eran las cédulas de Stubbs en mis días.²⁵

Casi todos los asuntos históricos que están hoy de moda deben su fama a preocupaciones que no son esencialmente académicas. Los incontables estudios sobre la memoria y el olvido son, en parte, una herencia del Holocausto. La pasión por la historia ambiental proviene de la ansiedad sobre el calentamiento global y el agotamiento de los recursos naturales. La renovada preocupación por el imperio está muy relacionada con la política exterior de los Estados Unidos. El interés obsesivo por la historia del cuerpo ha sido alimentado por la epidemia de SIDA; pero también refleja las inquietudes de una época secular y hedonista, preocupada por la salud física y la gratificación de los sentidos. Desvelos similares son la base de la popularidad actual de asuntos tales como la historia de los bienes de consumo, el estudio de las emociones, la identidad personal y la emergencia del «yo». La historia siempre ha incorporado las esperanzas y los miedos de los que la escriben. Sus rasgos futuros dependerán de lo que demuestren ser esas esperanzas y miedos ■

□ Traducción y notas de Anaclæt Pons

25. Se trata del historiador William Stubbs (1825-1901), autor de una famosa historia constitucional de Inglaterra y editor de *Select Charters* (1870). Thomas utiliza, pues, el término «Stubbs's Charters». Por tanto, aunque la palabra cédula quizá no sea la más apropiada permite mantener el sentido.